

entusiasmo, advertí no sé qué agradable mutación en la frente del misántropo, y sin dar lugar á reflexiones, lo metimos á mi sala, donde tomamos chocolate, dulce y agua.

Concluído el parco refresco, me preguntó mis desgracias; yo le supliqué me refiriera las suyas, y él, procediendo con mucha cortesía, se determinó á darme gusto, á tiempo que un mozo avisó que buscaban á don Hilario. Salió éste, y entretanto el misántropo me dijo: —Es muy larga mi historia para contarse con la brevedad que deseo; pero sepa usted que yo, lejos de deber ningún beneficio á los hombres, de cuantos he tratado he recibido mil males. Algunos mortales numeran entre sus primeros favorecedores á sus padres, gloriándose de ello justamente, y teniendo sus favores por justísimos y necesarios; mas yo, ¡infeliz de mí! no puedo lisonjear mi memoria con las caricias paternas, como todos, porque no conocí á mi cruel padre, ni aun supe cómo era mi indigna madre. No se escandalice usted con estas duras expresiones hasta saber los motivos que tengo para proferirlas.

A este tiempo entró mi cajero muy contento, y aunque quise que me descubriera el motivo de su gusto, no lo pude conseguir, pues me dijo que acabaría de oír al misántropo y luego me daría una nueva que no podía menos de darme gusto.

Ved aquí excitada mi curiosidad con dos motivos. El primero, por saber las aventuras del misántropo, y el segundo, por cercionarme de la buena ventura de mi dependiente; mas como éste quería que aquél continuara, se lo rogué, y continuó de esta suerte:

—Dije, señor, prosiguió el misántropo, que tengo razón para aborrecer entre los hombres en primer lugar á mi padre y á mi madre. ¡Tales fueron conmigo de ingratos y desconocidos! Mi padre fué el marqués de Baltimore, sujeto bien conocido por su título y su riqueza. Este infame me hubo en doña Clisterna Camoëns, oriunda de Portugal. Ésta era hija de padres muy nobles, pero pobres y virtuosos. El inicuo marqués enamoró á Clisterna por satisfacer su apetito, y ésta se dejó persuadir, más por su locura que por creer que se casaría con ella el marqués; porque siendo rico y de título no era fácil semejante enlace, pues ya se sabe que los ricos muy rara vez se casan con las pobres, mucho menos siendo aquéllos titulados. Ordinariamente los casamientos de los ricos se reducen á tales y tan vergonzosos pactos, que más bien se podían celebrar en el consulado por lo que tienen de comercio, que en el provisorato por lo que tienen de sacramento. Se consultan los caudales primero que las voluntades y calidades de los novios. No es mucho, según tal sistema, ver tan frecuentes pleitos matrimoniales originados por los en-



laces que hace el interés y no la inclinación de los contrayentes.

Como el marqués no enamoró á Clisterna con los fines santos que exige el matrimonio, sino para satisfacer su pasión ó apetito, luego que lo contentó y ésta le dijo que estaba grávida, buscó un pretexto de aquellos que los hombres hallan fácilmente para abandonar á las mujeres, y ya no la volvió á ver, ni á acordarse del hijo que dejaba depositado en sus entrañas. ¿A este cruel podré amarle ni nombrarlo con el tierno nombre de padre?

La tal Clisterna tuvo harta habilidad para disimular el entumecimiento de su vientre, haciendo pasar sus bascas y achaques por otra enfermedad de su sexo, con los auxilios de un médico y una criada que había terciado en sus amores.

No se descuidó en tomar cuantos estimulantes pudo para abortar; pero el cielo no permitió se logran sus inicuos intentos.

Se llegó el plazo natural en que debía yo ver la luz del mundo. El parto fué feliz, porque Clisterna no padeció mucho, y prontamente se halló desembarazada de mí, y libre del riesgo de que, por entonces, se descubriera su liviandad. Inmediatamente me envolvió en unos trapos, me puso un papel que decía que era hijo de buenos padres y que no estaba bautizado, y me entregó á su confidenta para que me sacara de casa. ¿Merecerá esta

cruel el tierno nombre de madre? ¿Será digna de mi amor y gratitud? ¡Ah, mujer impía! Tú, con escándalo de las fieras y con horror de la naturaleza, apenas contra tu voluntad me pariste, cuando me arrojaste de tu casa. Te avergonzaste de parecer madre; pero depusiste el rubor para serlo. Ningún respeto te contuvo para prostituirte y concebirme; pero para parirme ¡cuántos! para criarme á tus pechos ¡qué imposibles! Nada tengo que agradecerte, mujer inicua, y mucho por qué odiarte mientras dure la vida, esta vida de que tantas veces me quisiste privar con bebedizos... pero apartemos la vista de este monstruo, que por desgracia tiene tantos semejantes en el mundo.

La bribona criada, tan cruel como su ama, como á las diez de la noche salió conmigo y me tiró en los umbrales de la primera accesoria que encontró.

Allí quedé verdaderamente expuesto á morir de frío ó á ser pasto de los hambrientos perros. La gana de mamar ó la inclemencia del aire me obligaban á llorar naturalmente, y la vehemencia de mi llanto despertó á los dueños de la casa. Conocieron que era recién nacido por la voz; se levantaron, abrieron, me vieron, me recogieron con la mayor caridad, y mi padre (así lo he nombrado toda mi vida), dándome muchos besos, me dejó en el regazo de mi madre, y á esa hora salió corriendo á buscar una chichigua.



Con mil trabajos la halló; pero volvió con ella muy contento. A otro día trataron de bautizarme, siendo mis padrinos los mismos que me adoptaron por hijo. Estos señores eran muy pobres; pero muy bien nacidos, piadosos y cristianos.

Avergonzándose, pidiendo prestado, endrogándose, vendiendo y empeñando cuanto poco tenían, lograron criarme, educarme, darme estudios y hacerme hombre; y yo tuve la dulce satisfacción, después que me ví colocado con un regular sueldo en una oficina, de mantenerlos, chiquearlos, asistirlos en su enfermedad y cerrar los ojos de cada uno con el verdadero cariño de hijo.

Ellos me contaron del cruel marqués y de la impía Clisterna todo lo que os he dicho, después que, al cabo de tiempo, lo supieron de boca de la misma criada, de quien tan ciega confianza hizo Clisterna. Al referírmelo me estrechaban en sus brazos; si me veían contento, se alegraban; si triste, se compungían y no sabían cómo alegrarme; si enfermo, me atendían con el mayor esmero, y jamás me nombraron sino con el amable epíteto de hijo; ni yo podía tratarlos sino de padres, y de este mismo modo los amaba... ¡Ay, señores! ¿y no tuve razón de hacerlo así? Ellos desempeñaron por caridad las obligaciones que la naturaleza impuso á mis legítimos padres. Mi padre suplió las veces del marqués de

Baltimore, hombre indigno, no sólo del título de marqués, sino de ser contado entre los hombres de bien. Su esposa desempeñó muy bien el oficio de Clisterna, mujer tirana á quien jamás daré el amable y tierno nombre de madre.

Cuando me ví sin el amparo y sombra de mis amantes padrinos, conocí que los amé mucho y que eran acreedores á mayor amor del que yo fuí capaz de profesarles. Desde entonces no he conocido y tratado otros mortales más sinceros, más inocentes, más benéficos, ni más dignos de ser amados. Todos cuantos he tratado han sido ingratos, odiosos y malignos, hasta una mujer en quien tuve la debilidad de depositar todos mis afectos entregándole mi corazón.

Esta fué una cruel hermosa, hija de un rico, con quien tenía celebrados contratos matrimoniales. Ella mil veces me ofreció su corazón y su mano; otras tantas me aseguró que me amaba y que su fe sería eterna; y de la noche á la mañana se entró en un convento, y, perjura indigna, ofreció á Dios una alma que había jurado que era mía. Ella me escribió una carta llena de improperios que mi amor no merecía; ella sedujo á su padre, atribuyéndome crímenes que no había cometido, para que se declarara, como se declaró, mi eterno y poderoso enemigo, y ella, en fin, no contenta con ser ingrata y perjura, comprometió contra



mí á cuantos pudo para que me persiguieran y dañaran, contándose entre éstos un don Tadeo, hermano suyo, que afectándome la más tierna amistad, me había dicho que tendría mucho gusto en llamarse mi cuñado. ¡Ah, crueles!

Mientras que el misántropo contaba su historia, advertí que mi cajero lo atendía con sumo cuidado, y desde que tocó el punto de sus mal correspondidos amores, mudaba su semblante de color á cada rato, hasta que, no pudiendo sufrir más, le interrumpió diciéndole: — Dispense usted, señor; ¿cómo se llamaba esa señora de quien usted está quejoso? — Isabel. — ¿Y usted? — Yo, Jacobo, al servicio de usted.

Entonces el cajero se levantó, y estrechándolo entre sus brazos, le decía con la mayor ternura: — Buen Jacobo, amigo desgraciado; yo soy tu amigo Tadeo, sí, yo soy el hermano de la infeliz Isabel, tu prometida amante. Ninguna queja debes tener de mí ni de ella. Ella murió amándote, ó más bien, murió en fuerza del mucho amor que te tuvo; yo hice cuanto pude por informarte de su suerte, de su fallecimiento y constancia; pero no fué posible saber de tí por más que hice.

Cuanto padeciste tú, mi hermana y yo, fué ocasionado por el interés de mi padre, quien, por sostener el mayorazgo de mi hermano Damián, impidió el casa-

miento de Isabel, forzó á Antonio á ser clérigo, y á mí me dejó pereciendo en compañía de mi infelice madre, que Dios perdone. Conque no tengas queja de la pobre Isabel, ni de tu buen amigo Tadeo, que quizá la Suma Providencia ha permitido este raro encuentro para que te desagravie, te alivie y recompense, en cuanto pueda, tu virtud.

A todo esto estaba como enajenado el misántropo, y yo, acordándome del cuento del trapiento y oyendo que el dicho cajero no se llamaba Hilario sino Tadeo, y que concordaba bien cuanto me contó aquél con lo que éste acababa de referir, le dije: — Don Hilario, don Tadeo, ó como usted se llame, dígame usted, por vida suya y con la ingenuidad que acostumbra, ¿se ha visto usted alguna vez calumniado de ladrón? ¿ha vivido en alguna accesoria? ¿ha tenido ó tiene más hijos que la niña que me dice? Y por fin, ¿se llama Tadeo ó Hilario? — Señor, me dijo, me he visto calumniado de ladrón, he vivido en accesoria, he tenido dos niños, á más de Rosalía, que han muerto, y, en efecto, me llamo Tadeo y no Hilario.

— Pues sírvase usted de decirme cómo fué esa calumnia. — Estando yo una tarde, me dijo, parado en un zaguán cerca del Factor y en el pelaje más despreciable, un mocetoncillo que iba con unos soldados se afirmó en que yo le había dado á vender una capa de golilla,